

ROQUE DALTON



LOS
TESTIMONIOS

ROQUE DALTON nació el 14 de mayo de 1935 y fue asesinado el 10 de mayo de 1975 en San Salvador, El Salvador. Es, sin duda, uno de los intelectuales más interesantes y audaces del siglo xx en Centroamérica, por sus propuestas estéticas de ruptura y por su coherencia vital. Dalton, no obstante las reticencias de algunos de sus contemporáneos, se ha convertido en el escritor que más ha influido en las nuevas generaciones. Su amplia e intensa obra literaria aún se encuentra en fase de divulgación. Desde 1961 hasta 1973 (año en el que ingresó de forma clandestina a su país para integrarse al incipiente movimiento guerrillero) vivió en Cuba y en Checoslovaquia, y viajó a diversos lugares del mundo como México, Francia, Vietnam, Corea del Norte y Chile, estancias que están expresamente registradas en sus escritos. Su poesía, el género más conocido y difundido dentro de su creación literaria, lo ha legitimado como una de las voces más originales de América Latina. Sin embargo, su obra es de amplio espectro: *La ventana en el rostro* (poesía, 1961); *César Vallejo* (ensayo, 1963); *Taberna y otros lugares* (poesía, 1969); «¿Revolución en la revolución?» y *la crítica de derecha* (ensayo, 1970); *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador* (relato testimonial, 1972); *Caminando y cantando* (teatro, 1973); *Las historias prohibidas del Pulgarcito* (poema-collage, 1974); *Pobrecito poeta que era yo* (novela, 1976), entre otros títulos.

Los testimonios

Roque Dalton



una editorial latinoamericana

Derechos © 2015 Herederos de Roque Dalton

Derechos © 2015 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-925019-73-5

Primera edición de Ocean Sur, 2015

Impreso por Asia Pacific Offset Ltd., China

PUBLICADO POR OCEAN SUR

OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

EE.UU.: E-mail: info@oceansur.com

Cuba: E-mail: lahabana@oceansur.com

El Salvador: E-mail: elsalvador@oceansur.com

Venezuela: E-mail: venezuela@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

Argentina: Distal Libros • Tel: (54-11) 5235-1555 • E-mail: info@distalnet.com

Australia: Ocean Press • E-mail: info@oceanbooks.com.au

Bolivia: Ocean Sur Bolivia • E-mail: bolivia@oceansur.com

Canadá: Publisher Group Canada • Tel: 1-800-663-5714 • E-mail: customerservice@raincoast.com

Chile: Ocean Sur Chile • Tel.: (56-2) 23002016 • E-mail: contacto@oceansur.cl • <http://www.oceansur.cl>

Colombia: Ediciones Izquierda Viva • Tel/Fax: 2855586 • E-mail: edicionesizquierdavivacol@gmail.com

Cuba: Ocean Sur • E-mail: lahabana@oceansur.com

EE.UU.: CBSD • Tel: 1-800-283-3572 • www.cbsd.com

El Salvador y Guatemala: Editorial Morazán • E-mail: editorialmorazan@hotmail.com • Tel: 2235-7897

España: Traficantes de Sueños • E-mail: distribuidora@traficantes.net

Gran Bretaña y Europa: Turnaround Publisher Services • E-mail: orders@turnaround-uk.com

México: Ocean Sur • Tel: 52 (55) 5421 4165 • E-mail: mexico@oceansur.com

Paraguay: Editorial Arandura • E-mail: empresachaco@hotmail.com

Puerto Rico: Libros El Navegante • Tel: 7873427468 • E-mail: libnavegante@yahoo.com

Venezuela: Ocean Sur Venezuela • E-mail: venezuela@oceansur.com

**ocean
sur**



www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au
www.facebook.com/OceanSur

Índice

<i>No soy solo el que habla...</i>	1
I. El otro mundo	
El brujo Juan Cunjama	7
Mirador	10
Hijo de ciego	11
El pozo del júbilo	12
La zona de la llama	14
El humillado	15
Iniciación	17
La cruz	19
Un héroe	21
El príncipe de bruces	23
Reptil	24
Huapango del confeso	25
El desierto	26
Rito para que nazca una flor en la gran pirámide	27
Borracho de Tijuana	28
II. La raíz en el humo	
Navegación en el río Lempa	35
Anochecer de invierno	36

La raíz en el humo	37
Restauración del hombre por Quetzalcóatl	49
El tlamatini	54
Al maíz	57

III. En la lengua del sueño

Profesión de fe	63
Primera lección	64
Comarcas	65
Don Pedro de Alvarado	66
Terreno mortal	67
Paseo	68
Pino	69
Homenaje a la salvia	70
Ellos	71
La grama de las huellas	72
Pausa	73
Buen humor del dios	74
Ellas	75
El joven príncipe	76
El coyote	77
El perro	78
Las moscas	79
Jaculatoria para poder volar	80
El venado	81
Asesinar un tigre	82
Tres familias	83
Tata	84

La poza bruja	85
Cura ritual	86
Los sordomudos	87
El cadejo negro	88
La carreta chillona	89
El justo juez de la noche	90
El Duende	91
Oolge me persigue	93
La Siguanaba	95
Los dioses secretos	97
Yeysún	98
El nahual	99
El cipitín	101
Un dato	102
Terremoto	103
En la lengua del sueño	105

Cortadas ramas retoñables

Rezo venial	109
Perdón al caballo salvaje domado por mi padre	110
Costa	111
Izalco	112
Piedra de sacrificio	113
Vida interior	114
Como cántico	115

OCEAN SUR EN LA WEB

UNA EDITORIAL
LATINOAMERICANA

www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

Un amplio e interactivo catálogo de publicaciones que abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.



*A Roque Antonio, Juan José y Jorge Vladimir,
ellos heredarán mi esperanza.*

A Margarita, por el amor que no conocía y que con ella aprendí.



EL APARATO IMPERIALISTA EN CENTROAMÉRICA
Imperialismo y revolución en Centroamérica,
Volumen 1

Roque Dalton

En este ensayo, hasta ahora inédito, Roque desenmascara la conversión de la «integración» económica y de los conflictos centroamericanos en instrumentos del imperialismo para desarticular las luchas revolucionarias en la región.

200 páginas, 2011, ISBN 978-1-921235-98-6



EL SALVADOR EN LA REVOLUCIÓN
CENTROAMERICANA
Imperialismo y revolución en Centroamérica,
Volumen 2

Roque Dalton

Este libro —segundo volumen del ensayo *Imperialismo y revolución en Centroamérica*—, potencia un acercamiento crítico a la insurrección salvadoreña de 1932 y a la desintegración del Partido Comunista de El Salvador provocada por la represión gubernamental.

132 páginas, 2011, ISBN 978-1-921438-94-3

No soy solo el que habla
pues la tormenta es vieja como la mirada
o las pulsaciones del asombro en los días del corazón.

Uso esta palabra encontrada de repente
en una calle cualquiera de la ciudad o entre las hojas
a tal hora en que todos habían decaído en la vigilancia.

Fácilmente pues la reconoceréis.

Es como el espejo querido
volviendo desde los juguetes de la niñez
solamente que aquí aparece el tacto de la Historia.

Todos los significados crecen
rompen la bolsa de los símbolos
se hacen carne del ojo
único faro baño de destino.

No queráis pues saber mi nombre.
Todo lo que nos borre tiempo debe ser mutilado.
Que el testimonio puro presida y no haya entre nosotros
sino la sed que surge ante la yacencia aparente del manantial.

Pues he aquí que vivimos en medio de la palabra
entre el vocabulario de los árboles y los enemigos y las

[enseñanzas

no siempre dóciles de las bellas falsedades construidas por sí
[mismas
en piedra de verdad a fuerza de tanta sobrevivencia.

En ese sentido si lo queréis soy el testigo.
Solo que inútil pues corroído por la pasión.
Lo principal en este caso sois entonces vosotros.
Pero no temáis sobremanera pues en la peor de las ocurrencias
el único castigado seré yo.

No hay muerte en este asunto para más.

I
El otro mundo



CONTEXTO LATINOAMERICANO

Una revista de Ocean Sur

www.contextolatinoamericano.com
f ContextoLatinoamericano

La versión digital de Contexto Latinoamericano actualiza semanalmente cada uno de sus espacios dedicados a la actualidad, la opinión y el debate, al tiempo que ofrece una síntesis diaria del acontecer noticioso en América Latina y el Caribe.

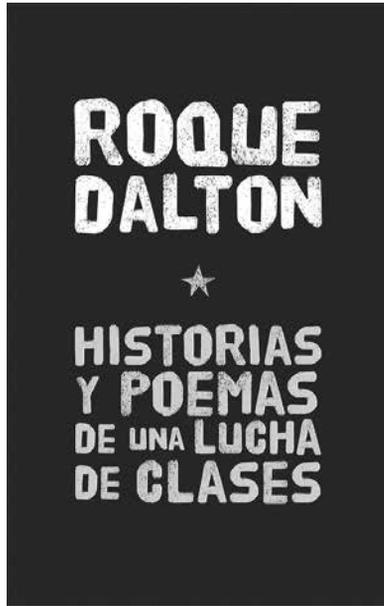
PROYECTO EDITORIAL CHE GUEVARA

www.chequevaralibros.com
f LibrosCheGuevara

Los títulos publicados en español e inglés propician el conocimiento de la vida, el pensamiento y el legado del Che a través de un ordenamiento temático por medio del cual se accede íntegramente a sus múltiples facetas.



A Eraclio Zepeda



HISTORIAS Y POEMAS DE UNA LUCHA DE CLASES

Roque Dalton

Cinco poetas, cada uno con su retórica personal, se dan cita en este cuaderno para redimir a la poesía como forma de lucha, como acción revolucionaria y no como mero ejercicio de distanciamiento burgués. Todos los «autores» tienen algo en común: son seudónimos de Roque Dalton.

103 páginas, 2010, ISBN 978-1-921235-69-6

El brujo Juan Cunjama

I

Mi vieja piel
la de culebra
mi piel de pelo pálido
soportando las olas de la lluvia
mi cuchillada riente mis rodillas
solemnes en su decrepitud
a través del andrajo

Mi amado cuerpo puro
que se mantuvo lejos
de la mujer entre las garras del verano
mi pie triunfal mi pata inexpugnable
por las espinas de las rutas remotas

Mi mugre mi orgulloso
desprecio para los días de los hombres
mi brazo y mi bordón como dos viejas
madres de río seco
mis huesos de ceniza y saliva
mis venas apagadas
mi desesperación de dientes amarillos
batiéndose con máscara de risa en retirada final

Mi amor el olvidado
gesto de adolescente taciturno
mi miedo de varón
mi valentía de varón miedoso
el cansancio que me hace
caminar

||

El diablo y Dios la misma cosa
el ala de los muertos
suena en la noche con el mismo miedo

Todo es igual tan solo fuerzas lentas
dormidas tócale al hombre despertar
para ocupar los hondos secretos de la vida

Yo sé lo que te digo
la química del rezo
negro me basta para honrarte los pasos
la voz diseminada de las hierbas
te mezclo en pomos nunca tocados por el sol
soy el único libre
el único sin amos
bajo mi techo de flores apagadas

Duermo en un ataúd de pino rojo
así no he de morir así será mi muerte
un sueño más un despertar
simplemente aplazado

Contra el gusano blanco
mi carne y su cristal de maravilla
mientras el mero yo con Tlaloc de la mano
caminará en las gotas de la lluvia
sobre los árboles y el mar

Mirador

Ese es un horizonte que hace decir:

«Yo porto la soberbia
las rojas plumas del orgullo
robadas en el nido mismo del fuego».

Que hace decir:

«Soy grande y hermoso
y satisfecho de lo que puedo hacer
como el más pobre
como el peor de los hombres».

Que hace decir:

«A nada temo sino a la cobardía
nada me hace llorar sino el amor».

Cerca de Cuernavaca.

Hijo de ciego

La vieja copa de plata pulida esta mañana
no es para reconfortar a los sedientos
a los caminantes perseguidos por el fuego del aire
entre los árboles o desde el filo de la hierba

Una esponja para ellos
con alguna humedad agria
basta

La joya de la casa
es para estimular el gran ardor de los avaros
de los viciosos que se avienen con las ánforas griegas
de las mujeres que aceptan desnudarse como un niño
a cambio de un pequeño presente
en derredor del cual se pueda inaugurar una leyenda

Así lo manda mi padre el orfebre
que fue cegado por el sol a través de un diamante

Taxco, septiembre.

El pozo del júbilo

Danzad dancemos con la tibia llama
que con la tuna blanca nos saciamos

Tres días sin un trago de agua ni un mendrugo
a mi pesar no me avergüenzan las catástrofes
y grito arrojo
la risotada contra el cielo verde
inefable es la piel en cuyo fondo
me abrazo con entrañas ajenas

Mófense de mi sabiduría repentina
de mis estertores frustrados en cada sorbo de aire
solo los acostumbrados a la magia baldía
solo los capaces de danzar con el polvo
solo los grandes desalojados
conocemos y entendemos los vericuetos
de este glauco minuto

Es que para esta fecha de aullido
estábamos tan solo predestinados
solo para llegar a ella nacimos
y no cabe en nosotros la tregua
sino el agotamiento del negro deber

Danzad dancemos con la tibia llama
todo lo sé me duelo de saberlo
tanto amor en el pecho me atormenta
danzad dancemos con la tibia llama

La más ignota duda desentraño
la más robada lámpara consigo
el día más perdido reconquistó
danzad dancemos tiemblo de rocío.

La zona de la llama

(Mixcoac)

País del golpe muerto lago construido a golpes
de sombra en la inocencia del verano
edificaciones manoseadas por el polvo ermitaño
cerros aniquilados por la cólera del viento que tiende
sus llameantes dedos sobre las rutas olvidadas.

¿Dónde quedó la huella del furtivo
pie del guerrero? ¿Dónde la fresca sangre del venado
y la canción que se enredaba en los bejucos
amantes de los árboles?

Hoy solo el humo bajo el sol la llama
junto al ojo mordido
la sed hiriente junto a la piel del corazón
el desfallecimiento por la sombra.

El humillado

Todo a ceniza el remordimiento el odio
reducido
a lágrima quemada
todo a desolación
venido a menos
pésame el horizonte
por su color de furia
su lejana
invitación al paso muerto
a la locura
del pájaro de presa

Nada me había roto tanto como huir en la tarde
bajo la misma cara del sol que vigiló mi hombría
sobre el mismo camino
cerca del cual temblaban a mi paso
los niños y los ciegos
y los sabios nocturnos

Ahora no soy nadie no soy nada
puro baboso el hombre en su grandeza
que no aguantó la vecindad del cuchillo

Escúpanme si quieren
nomás he de limpiarme

con mi pañuelo rojo
y hasta quizás les llore de a poquito
si andan con mucha suerte

O quizás no

Iniciación

Un ahogado de aguas pútridas vino a subir conmigo a ver
 [conmigo
 la gran playa de fuego desde la fría torre
 los dedos del canal
 todavía incrustados en su piel ya depuesta.

Con los himnos quemados me arrodillé siempre el cuchillo
 ronco de pedernal entre la noche
 borrada por las edificaciones de la luz.

«Grita tu adiós tu despedida de testigo —dijo
 conquistador de todo mi horizonte—
 cuando bajes de aquí serás otro rey muerto por las calles
 besarás el asfalto agradecerás
 la pisadura del amo
 apurarás tu vaso de odio en la soledad desesperada
 preguntarás
 por la verde fragancia de tus dioses
 pero tan solo como el loco que no soporta
 íngrimo la cobardía.

Gritarás al pequeño
 pálido bajo el sol serás el cómplice
 diario el cómplice tenaz a pura lágrima vencido.

Con esta herida pálida oh pobre oh sucio amor
consigo todo esto para ti».

Y en mí otro vasallo
nació.

La cruz

¿De quién es ese extraño Dios?
¿Ese que ahora véndennos
rigurosamente medido?
¿Por qué desde su dura cruz
dicen que exige nuestro odio?
¿Por qué a su cielo único y solitario
no pueden subir nuestras bellas serpientes de colores
nuestros jóvenes hijos embriagados
en la celebración de sus bodas secretas?

Ya con el látigo bastaba
ya con el hambre el nudo que nos rompe
la furia del mosquete
ya con la vehemencia de la espada
buscándonos la raíz del aliento.

Pero tenían que llegar hasta el altar de piedra
pisar el rostro de la fe que juramos
al bosque en la primera lluvia de nuestra juventud.

Pero tenían que vencer a nuestros dulces dioses
escupirlos vejarlos
hundirlos en el lodo de la vergüenza
abrir la desnudez de hierba y agua
de su infancia inmortal

a nuestros ojos torpes ya iniciados
por las brillantes baratijas
en la codicia ingenua del asombro.

Un héroe

(1524)

*Y pues que no quisiese decir dónde se ocultaban sus
principales, una grande moneda de plata le ofrecimos y
en negándose comenzó a nos insultar por lo que rescebió
justo castigo...*

Desnudo de linajes pero el corazón
gran navegante del sueño.

¿Por qué quisieron ahogarme
si no con la cadena el palo
la cuerda de la horca
con la prebenda el trato musitado
bajo la sombra del caballo terrible?

La moneda de plata como un pequeño
sol de castigo
chirriando entre mis manos
friéndose en mi vergüenza
adiós orgullo adiós
columna de mis sueños
alta y azul como la noche cayendo sobre el bosque incendiado.

Pero no traicioné.

Cuando no tuve más orgullo
—digo del mío del que a mí me tocaba—
todo el orgullo de mi tierra
el de las cosas y del clima
me alcanzó nuevas piedras:

«Idos al sucio origen
dejad en paz
nuestra ira
marchad con vuestra claridad
contaminada.

Volved
volved al mar
a la tierra que os azuló
los ojos implacables».

Y ahí el alón del golpe
la mordida en el polvo
la ciega cegadura en el dulzor de la sangre
ahí la nube de patadas
el lanzazo hasta el fondo
de la última congoja.

El príncipe de bruces

Era la hora de la injuria la fugaz época de la maldición
cuando mi padre recomenzó en mí otra prueba.

Yo era el único súbdito que le quedaba a su locura
y aunque hasta entonces solía abofetearme de cuando en cuando
me hizo en honor de confiarme la marca negra de la ceniza en la
[frente.

Era noche para el gentío sin antorchas
por el clima propicio y el olor de la selva
pero a la sazón estábamos solos y como con temor de
[avergonzarnos
de tal manera que mi padre fue rápido en la consagración.

Me abandonó antes de que me lavase el rostro en su presencia
con agua despaciosa del cenote sagrado.

Decidí no destruir antes del amanecer la marca mágica
decidí descubrirla a mis ojos mirándome en el agua
sabía que con ello pisaba en un terreno mortal
pero más fascinábame la ascensión a la sabiduría.

A los tres días me encontraron muerto
rodeado de aves de rapiña muertas
mi padre fue por agua al pálido cenote
y me lavó la cara sin llorar.

Reptil

En mi charco de vidrio
corrompido
—ojo con cataratas de lamento—
verde al sol
de la mano con la viscosidad
yo me como los últimos
despojos de mi cielo

Ah mi cielo de México
ahí nomás
pero ni con la garra que me tocó
aferrada
al poro más oscuro de la tierra lavándose
puedo pensar en voz de vecindad

Cuero clavado al lodo
soy
pura velocidad
que no termina de arrastrarse
ojo castrado
rayo de veneno

Huapango del confeso

Lloro contra mí mismo me traiciono
audazmente como quien no hace la cosa
no me convengo rompo mi huapango
sobre los miserables guijarros del día

Mi rosa caudal herida por la nieve
quiero la oscuridad de mi nido de espinas
algo por qué llorar que no sea yo mismo
necesito encontrar vale más si en escombros

Dadme mi escalofrío mi aguardiente
la uña que muesque el alma otrora libre
mi equilibrado andrajo en roto ascenso
desde el nivel del lomo tentativo

Desperdicio los llanos le derrocho
a cada cual su nombre de añoranza
expiro sin que sepa nada el corazón
lo he dicho todo agoto mi huapango

El desierto

A Roberto Carías Delgado

Silba el viento caliente con sus uñas
llenas de polvo compadre querido
suba en derredor del negro tren de Sonora
y no hay como este que te cuento
otro polvo más hijo de las piedras vencidas

Pero cuando suba el tren a nadie le responde
convoca las ciegas serpientes del desierto
y si es la hora en que el sol cae como una condenación
todo el paisaje te pide el esqueleto
te pide el paso de las venas simplemente en su brasa

Aquí solo el caballo muerto establece su dominio
pero cuando nos ve pasar compadre
cuando nos ve pasar hipando en el tren de Sonora
se le antojamos como sus jinetes muertos
nos pide como húmedo botín
a la furia de la sequía

Qué se va hacer compadre
tal como dice Dios

Rito para que nazca una flor en la gran pirámide

A Rosa María

Aquí te dejo este buchito de agua
pirámide del sol en la cúspide
para ayudarte contra la calcinación del mediodía
la vejación de ese rayoso dios que es antigua en tu contra

Todos te pisan y te traen polvo
abofetean con los pies tu gran hinchadura de piedra
te arañan y te orinan en idiomas molidos
pero nadie recuerda que la frescura fue tu mejor ceremonia

Por eso yo te traigo este buchito de agua
el río y yo te lo depositamos en la frente
para que tú sonrías y pronuncies una flor

Borracho de Tijuana

Yo soy el mismo de ayer el que no gime
entre los dientes del coyote
el que descuartizado se sonríe
pero que exige su cortejo y su fecha
cuando le toca la ternura

Yo estuve ahí la luna lo diría las luciérnagas
cada uno de mis poros
fue un ojo herido por el humo del copal
nada me arrebataron sin matarme
y fui el ciego ambulante
tocando el mapa de las hojas

El General Villa me despidió era el polvo aplastado
después de darme unas monedas
me vio partir moqueando sin decirme nada
y por si alguno se inquietó con mi silencio
diré que mi alma está en cucullillas
desde entonces no mato bien

La niebla de repente me atonta
toda la vieja niebla
se quita el gran sombrero se acomoda
entonces no sé si me vanaglorio
o si es cierto el flechazo que soporto

a pura sangre y dientes apretados
a puro chinguese alguien olvidado el escudo
solo el avance contra el golpe queda

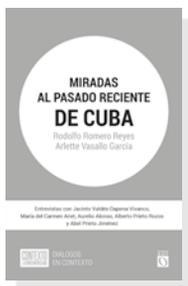
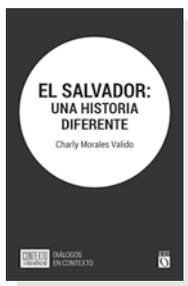
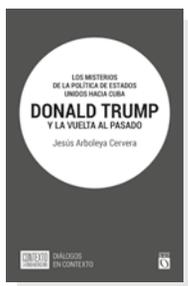
Yo soy el mismo siempre el macheteado
a la orilla del potro el muchachito
feroz a quien le hiede el nombre y qué me importa
el que conserva la guitarra
abofeteando a la hembra a la guitarra
y a la sangre arruinada
que es una mancha que me corre adentro

Tengo otras cosas que contar
el fango enseña mucho
numerosas infamias nos regala para adornar el estandarte
el disminuido espejo que te escupe la cara

Amo creo a mi patria hasta matar
hueso perfecto espero desnudar por gracia de los cuervos
la única ceremonia es el silencio
la única

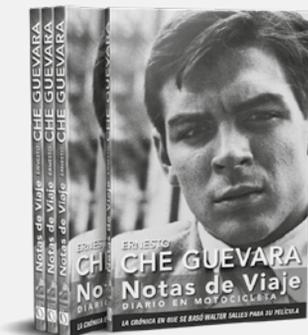
*México-La Habana,
septiembre de 1961-marzo de 1962.*

COLECCIÓN DIÁLOGOS EN CONTEXTO



II
La raíz en el humo

LIBROS DE LA COLECCIÓN CHE GUEVARA



ERNESTO CHE GUEVARA Notas de viaje Diario en motocicleta

Libro sugerente e inspirador de la película Diarios de motocicleta, donde el Che narra las aventuras y primeras reflexiones de su viaje inicial por América Latina, realizado desde fines de 1951 hasta mediados de 1952 en compañía de su amigo Alberto Granado.

168 páginas + 24 páginas de fotos, 2004, ISBN 978-1-920888-12-1



ERNESTO CHE GUEVARA Otra vez

Ya graduado de Medicina, en 1953, Ernesto emprende su segundo viaje por el continente. La lectura del diario nos revela su inmenso humanismo identificado en esos primeros pasos con el hombre latinoamericano.

208 páginas + 32 páginas de fotos, 2007, ISBN 978-1-920888-78-7

A mi Partido



DIARIO DE UN COMBATIENTE **De la Sierra Maestra a Santa Clara (1956-1958)** **ERNESTO CHE GUEVARA**

COMPILACIÓN Y NOTAS DE MA. DEL CARMEN ARIET
PRÓLOGO DE ARMANDO HART

Recorre momentos irrepetibles de la lucha armada en Cuba desde la llegada del yate *Granma* a las costas del oriente del país, hasta el triunfo revolucionario, narrados por quien fuera uno de sus principales protagonistas, el comandante argentino-cubano Ernesto Che Guevara. 312 páginas + 40 páginas de fotos y facsimilares, 2011, ISBN 978-1-921438-12-7



PASAJES DE LA GUERRA **REVOLUCIONARIA (CONGO)** **ERNESTO CHE GUEVARA**

EDICIÓN REVISADA POR FIDEL CASTRO
PRÓLOGO DE ALEIDA GUEVARA MARCH

Páginas sobre una contienda que no logró alcanzar la victoria. Sin embargo, a pesar del lenguaje ríspido de algunos pasajes, del sabor amargo de la derrota, el Che logra entregarnos el aliento vital de un futuro a construir con una concepción de unidad y de validación de sus tesis tercermundistas.

296 páginas + 28 páginas de fotos + 2 páginas de mapas, 2017, ISBN 978-1-925317-37-4 (segunda edición)



EL DIARIO DEL CHE EN BOLIVIA **ERNESTO CHE GUEVARA**

INTRODUCCIÓN DE FIDEL CASTRO RUZ
PRÓLOGO DE CAMILO GUEVARA MARCH
COMPILACIÓN Y NOTAS DE MA. DEL CARMEN ARIET

Diario escrito durante la contienda guerrillera en Bolivia de noviembre de 1966 a octubre de 1967. Testamento histórico de una epopeya que forma parte de la gesta libertaria de la América Nuestra.

304 páginas + 32 páginas de fotos, 2006, ISBN 978-1-920888-30-5

Navegación en el río Lempa

Las fosforescencias palpitantes del río
entre las flores nocturnas entre la hierba larga
enhiesta que desde las raíces alza su cólera
las torvas piedras del recodo acechando la velocidad de la
[corriente

la tierra cruda ahí nomás a la distancia
de un brazo hambriento
digna para sentarse a olvidar los días de los pasos feroces
los árboles poblados de los pequeños estallidos
de los pájaros fugados del sueño
los árboles
cada uno como un hombre verdinegro
voluntarioso bajo la multitud de las estrellas

Todo recogiendo su aroma para mi corazón
todo pronunciando tu nombre para mi corazón en esta noche de
[otro mundo

Anochecer de invierno

(1370)

El gran caldo boreal amenazaba la desnudez
las agujas del frío caían desde el cielo desde el profundo ácido
de la tierra como una gruesa nube de humo detenido
hasta la hoja pura cultivaba la agresión antes que las culebras
oh ignorancia oh miedo oh indefensión frente al recodo oscuro
[del camino
árbol de ramas secas maldiciendo en medio de la lluvia
tristeza posesionada de los charcos
preguntando quién va quién holla la pupila caída
entre las piedras que esperan con terror el verano

Y la pobre piel sangre afuera
ella sola empujando la batalla contra lo demás del mundo
ella sola apenas acariciada por el corazón
engañada por el hondo ritmo de pequeño tambor indetenible
y la piel pobre ayuna hasta de heridas
solo desolación y frío de agua y niebla
solo sumergimiento en la oscuridad sin relámpagos
de la sorda llovizna de la lluvia
tan a poquito a pausas de ladrón

La raíz en el humo

I La tierra

(Tierra de los colores en la edad de oro
donde no se quemaba la madera o la piedra
solo los ojos esperando la aurora
el momento de orar al Formador

«Oh huracán rayo y relámpago
tú que sabes las cosas grandes y pequeñas
nuestro tributo es el amor que multiplica
nuestras manos en muchas manos que te honran

Concedednos la paz y el reposo
la justicia de nuestro propio ser
con una sola lengua te lo pedimos
corazón del cielo corazón de la tierra»

Todo el día los hijos del viejo Tepeu
y los hijos del difunto Olomán
con una sola lengua te lo pedimos
corazón del cielo corazón de la tierra

Concedednos la paz y el reposo
tú que sabes las cosas grandes y pequeñas

todo el día los últimos hermanos Ahau
los descendientes de los Quenech y los Coh

La tierra de los colores desde entonces testigo
justa testigo como que no dice nada
suficiente era el humo de los volcanes
por eso no se quemaba la madera o la piedra

Pero eso sí ya desde entonces abandonada
por el sordo Creador y Formador
corazón del cielo corazón de la tierra
que no comprendía que amáramos más al miedo

La vieja tierra de los colores
misteriosa vomitada por el mar)

II La vida

Ahí crecía como la hiedra el escudriñamiento de los calendarios
ahí velábamos la rumorosa elaboración de la miel
ahí hacíamos crecer el legado de Tonacatepetl
el maíz hijo de la sangre del tapir y la serpiente
ahí quitamos la vida se la sacamos por los ojos a palos
a Cuaumichín que nos exigía la furia inútil y la dedicación a la
[muerte
ahí éramos convocados por la vara de un cascabel sonando
para oír a Tutecotzimit hablar mirando al cielo de los dioses
[amables
ahí fraternizábamos en los tiempos de hambre
los maseguales con los orgullosos tecutzín teúles
hombro con hombro tristes hasta con la familia real y los
[chinancaeli

ahí bailábamos el tun y jugábamos a la pelota
 ahí dormíamos con los poros chupando la tierra
 una piedra bajo la cabeza para hacer los sueños imborrables y
 [maestros
 ahí confesábamos nuestros remordimientos a la fiera o al árbol
 ahí apedreábamos al hombre-mujer y afeitábamos al ladrón
 ahí solo el guerrero glorioso podía ser adúltero glorioso
 ahí aprendíamos el uso de la macana y la espada
 y el camino veloz de las flechas como amados insultos
 ahí echábamos cal viva en el vientre herido de la tristeza
 con el huacal del tamborón el silbido de culebra del pito de caña
 y la música tragada de la chirimía enemiga del aire
 ahí llorábamos al muerto solo mientras aún no llegaba al lado de
 [los dioses
 ahí repartíamos con los dedos los colores que el añil robó al
 [mundo
 ahí hasta el agua tenía su geometría
 ahí planeábamos la preñez de la hija
 charlando entre humosos tazones de ixtatol y chocolate amargo
 ahí arrebatábamos de la muerte a los arrepentidos
 canjeándoles la vida por el degollamiento de una perdiz
 ahí sacábamos sangre de la virilidad del elegido para
 [conducirnos
 a fin de que comenzase a sufrir en el mismo lugar de su delicia
 ahí trocábamos el cacao y las plumas por la fruta y el esclavo
 interrogábamos al vecindario de los astros
 multiplicábamos la figura del hombre en el barro
 hilábamos pulíamos
 aprovechábamos hasta la estría de la estría
 fermentábamos el pétalo y las hojas
 hacíamos crecer lo que solo no crece
 regocijábamos

adivinábamos
sabíamos leer muchas páginas del libro de la vida
amábamos

III Las emigraciones

Para tenerte asegurado
tomado eternamente del pelo torpe
los dioses limpiaron de tu oscura sangre
el egoísmo el útil
egoísmo.

¿Qué te costaba permanecer tranquilo en Cuzcatlán
Izalco Apanecath Guacotectli Tehuacán Apastepequeth
incluso en Mita Quiriguá Copán
pastoreando tu dicha para el engorde
sordo en medio de esa música sorda
de la paz
cerrados tus ojos llenos de luz
para que esta no escapase
a cualesquiera otros ojos acechantes?

«Y conocimos que al Norte aún había pueblos
que iban por las montañas como insensatos grandes y pequeños
con la mirada perdida en busca solo del bocado
lleno de sangre el pecho del último alimento

Pueblos fieros decían las noticias
enajenados viviendo en la sangría
pueblos que no adoraban a los dioses pipiles
que eran dignos por ello de saber nuestra furia

Pueblos de voz confusa de costumbres raídas
capaces sin embargo del miedo y del tributo

Ya trocaremos con ellos nuestro saber por viandas
nuestra adivinación por su arrodillamiento
nuestro alfabeto por sus sahumerios
el favor de los dioses por la adhesión a nuestro camino

Suframos caminando entre las piedras el polvo y los abrojos
bajo la lluvia o el bochorno del aire saturado de sol
suframos la picada de los mozotes y las alimañas
pero llevemos nuestra luz al Norte y al Oriente

Quetzalcóatl nos guía con su piedra verde clavada en la madera
sus huellas son nuestra defensa contra el extravío
su espalda el rumbo para nuestros ojos

Caminemos todos presurosos suponiendo la sed que nos espera
los Ilocab los Dan honremos con nuestra prisa
la sabiduría que los dioses han guardado hasta ahora
solo para nosotros

No nos arredre la fatiga
ni la enfermedad ni los peligros del camino
llevamos cogollos de aguacate y zumo de cáscaras de morro
para las caídas
hojas de cuztipactli para las quebraduras
raíz de la estrella —la preciosa— para la picadura de las víboras
hasta chichipactli llevamos para los ahogos
y flores de izquisúchil —solamente ella es flor—
para la piel tocada por algún fuego de tantos

Opu

Viento de la Noche

El Invisible

con nosotros los guiados por su custodio

que loamos en su honor

usando conchas marinas rescatadas de la calcinación

Echad a vibrar el gran tambor —con el tambor el trueno es

[nuestro siervo—

el que se toca a golpes de bastón incansable

Echad a correr a puro ruido la noticia:

He aquí que los mejores entre los mejores

de la tierra que acuna el arcoíris

vanse con sus mujeres y sus hijos al oriente y al norte

con las palabras que abren la ruta de la selva

con las respuestas que doman al río y al alud

con el saber que envidian la nube y el venado

Vanse con la palabra

—también a ella ayudáronle a crecer—

para repartirla entre todos los otros hombres de maíz o nopal

los dispersos de más allá de muchos montes

los que siendo deudores de la misma semilla

ni quedaron creciéndose allá de donde venimos por el mar

ni llegaron a lo que hoy es nuestra tierra

—moldeada como un cántaro por mares de sudor—

a hacernos compañía mientras ganábamos este tamaño de alma».

IV El humo

Aquí para entonces ya estabas
ya estabas erguido sediento vencedor
de la serenidad de Tlapallan en su misterio cotidiano
pero no queda la mínima noticia
el pergamino
telegráfico desde el fondo del polvo
la carta de los ojos que te vieron orando
apacentando los rebaños ahítos del rebote verde de la luz

Quemáronse los códices donde tu planta recaía para siempre
y el calendario —granero de los días— también murió en el fuego
Núñez de la Vega y Landa los dos obispos los dos
temerosos de nuestros posibles demonios inderrotables
al fuego lo que con el fuego tiene trato dijeron
y ahí la huella de tu pie descalzo
volvió al humoso cuarto de los siglos perdidos

Los grandes brujos me lo han contado con pocas palabras:
ahora sé que en el principio llegaste en siete barcas huyendo
desde Tula de Palenque la ciudad
que no puede olvidar ni el ojo ni el olfato
pacífico tu éxodo con la Estrella de la Mañana al frente pero
[huyendo
desde Tula de Anahuac temeroso
en tu éxodo segundo huyendo
de los Sectarios de la Luna enemigos a pesar de la misma
[malaria
sin cantar llegabas a los ahogados llanos espinosos
huyendo huyendo

con planes de homenaje para el deseo curtido
pero el último jarro de pulque roto derramada su leche de
[maguey
rompía con su ruido la última declaración de fe en la holganza

A los grandes brujos les debo mi pequeño saber: bailando
sobre una sola pierna en círculo con caite de cuero crudo
y dos ojos de venado en cada mano calientes
para controlar el humor del rayo
me han repetido, repetido repetido cómo se limpia un hueso
al cabo de tanto sol en la arena la palabra:
huyendo llegó mi padre con tu padre huyendo
para guardar su miedo entre negros volcanes
pero también para defenderlo
para defender su miedo contra todos
aunque un segundo miedo haya de desecharse
para honrar la paz del miedo original

V La pregunta

A José Rodríguez-Ruiz

¿Quién has sido te has hecho
esta pregunta
quién has sido orgullosa señor del Valle de los Sismos
quién has sido tú de ciudad y luces enfundado
en algodón extraño y grande perdido entre los vasos
de la blasfemia contra ti mismo jinete del alcohol
cliente de todas las fiebres quién has sido
mortal que bien lo sabes
ajeno que bien lo disimulas

quién has sido
idólatra penoso de tu fe?

Sobre la lengua del agua me parece
que nos vino tu voz
pero hoy —es dura la palabra— hasta el agua está vieja
su colgadura verde le hiere la decrepitud del olvido.

(Son las inundaciones las que hacen desconfiar de este recuerdo:
aún contra la ternura del pan su persistente pata
golpeante gota a gota en los días oscuros
vence hasta despertar
de su cercano confinamiento al hambre.

La época del charco baja de la montaña
hasta el solar dominio de la sal).

De ahora en adelante recuerda que te amo:
yo sé de tus rodillas dobladas del balbuceo antiguo
cuando te sumergías solo con los poros abiertos
en el mar de la milpa salvaje.

Pues yo soy tu mejor testigo oh gran desnudo original
el único que podrá desvestirte
porque conozco cada palabra secreta que te falta
y vela la ira de los vientres sagrados.

¿Podría si no recordar tu adhesión a la piedra?

La carne de la piedra no era aún de piedra ya fijada
tú le desfigurabas el perfil con el dedo
ahí se molía el grano de la harina lunar

surgía el hacha la mirada —ave hiriente— de la flecha
el alimento de la honda veloz
que transformaba en suave piedra abolida
al pequeño león más preocupado entonces por las tórtolas.

¿Podría en otra forma hablarte de tu miedo?

Todo lo que brillaba todo
lo que brilla
lo que puede brillar:
las escupidas del volcán el rayo en las tormentas de la aurora
las brujas
con las caras pintadas de oro y cal como un plato
la baba del lagarto comiéndose la piel de las lajas
el río en la tercera noche de luna
el fuego
aún el fuego preparado por uno.

(Ya vendría después el extranjero y su ojo de siniestra luz
sus espadas hirientes como heridos espejos en la furia
sus varejones de la llamarada mortal
su —no lo pronuncio sin lástima de ti— caballo arrollador
con sus cascos tenaces y sus chispas.

Y el oro visto con nuevos ojos —¡qué dolor!— el oro el oro!).

¿Podría de no ser quien he dicho saber tus apetencias?

El pedazo de tierra templando al sol sus nudos
nutritivos el tránsito a la par del aire sin murallas
permitiendo con la sonrisa blanca el tráfico del polen
la paz de la fumada en el traspatio entre el sobresalto

de las gallinas
 y la risa sin dientes de la montaña de mazorcas
 la ardiente paz desde el fondo del mundo del sudor
 luceando a ojo limpio sobre aquel surco aún no restañado
 la mujer la mujer la mujer al alcance de la mano nocturna
 atada con mecate fresco a la orilla del corazón
 su desnudez de fruta oscura
 el sabor del hijo en la mejilla sus manos
 adivinadas desde el primer deseo el coro
 de hijos ya preparado en la primera noche
 la música con toda su osamenta y sus rincones de temor y
 [audacia

desde la chirimía y el patio de cuero del tambor
 hasta el metal chirriante entre sus dientes eléctricos
 la música y la danza
 para danzar con todas entre todas las cosas
 y crear el olvido con su vértigo dulce como un velo de miel
 el corazón de todo corazón contra la cabeza
 todos los corazones a uno desechando abatiendo sus ágiles
 [cabezas

dejándolas entre las hormigas locas asustadas
 postergándolas para un momento de verdadero espanto
 en que se necesiten sus ojos desorbitados
 las plumas de color el espejo que no se ahuma
 naufrago en los cañaverales o las escobillas de la desolación
 canjeado en su reposo por el escudo áspero.

Pero no detiene el espejo la flecha mortal o el balazo
 y tú te mueres viéndote morir contento
 como si fueras el vecino que huye
 dejándote con tu hilillo de sangre en el lodo.

Pero quién quién al final
ahora que adivinamos un final
ahora que detrás de ese final vamos
quién has sido
—dando fuerza al arroyo
contra el río en la crecida que mata
compañero de leche de la piedra—
quién quién
por ti mismo
por amor de ti mismo
¿quién has sido?

Restauración del hombre por Quetzalcóatl

(Versión del texto náhuatl)

En verdad que fue trabajosa la creación del hombre.
Los dioses con ser los dioses probaron en su afán el gusto del
[error
muchas veces
y muchas veces destruyeron con la mano airada su obra en
[desatino.

Los hombres de barro los hombres de madera los hombres
[comidos
por el tigre
los perseguidos por el viento que volviéronse monos
los quemados por el fuego que llovió (los niños muy niños)
los que perecieron cuando se hundió el cielo
cuando se hizo agua el cielo y se vino abajo
los hombres de maíz
no dieron satisfacción al Formador al Dador del ser
no afirmaron ser verdaderamente merecidos.

(Oh corazón del aire verde
tristes estaban los cielos sin espejos
sin los espejos de los ojos del hombre oh corazón de pétalos
[marinos)

Mas luego fue Quetzalcóatl a Mictlán
se acercó a Mictlantecuhtli y a Mictlancihuatl
—la pareja de amantes y amos de las tinieblas—
y en seguida les dijo con respeto:
vengo en busca de los huesos preciosos
de los huesos preciosos que tú guardas
vengo a tomarlos
a eso vengo.

Y díjole Mictlantecuhtli: ¿Para qué? ¿Qué harás con ellos
[Quetzalcóatl?
Y una vez más respondió Quetzalcóatl: De ellos se harán los
[hombres
perdurables los hombres que serán verdaderos aunque lo duden
los que no serán muertos antes de despertar
por la ira fracasada de los dioses.
Ellos habitarán la tierra. Los dioses —doy testimonio de tal
[cosa—
se preocupan porque alguien viva en la tierra feamente desnuda.

Mictlantecuhtli brillándole los ojos: Está bien —dijo—
pero antes haz sonar mi caracol y da vuelta cuatro veces
alrededor de mi círculo bellísimo. Prueba es esta
—dijo en voz baja para sí— imposible de cumplir
pues mi caracol no tiene agujeros sonoros
sordo es mi caracol. Y se reía.

Mas Quetzalcóatl llamó a los gusanos y a los abejones
—ambos con ojos de topacio apagado—
aquellos hicieron los agujeros
y estos entraron luego haciendo que sonara el caracol.

Al oír el arpegio Mictlantecuhtli: Está bien —dijo—
 llévate los huesos. Pero en cambio a sus gentes dijo pronto: Decid
 decidle a Quetzalcóatl que tiene que dejarlos
 decidles a los dioses que no ha de llevarse
 Quetzalcóatl nuestra preciosidad.

(Oh corazón robado
 angustia aposentada como un ave mortal
 en adelante solo
 la soledad el pálido vacío
 solo la débil seña
 del abandono en la pupila violada

Oh corazón de sed oh hijo del despojo
 nacido en desnudez entre las manos
 ásperas de la humillación)

Nuestro aguerrido padre sintió en los poros el peligro
 a su nahual consultó y fue a coger los huesos
 estaban juntos los del hombre y la mujer
 con ayuda del nahual los tomó e hizo un hato.

Pero los dioses habían hecho un agujero siniestro
 un hoyo un cráter del tamaño de la cólera
 para evitar la fuga de la preciosidad de sus hijos.
 Ahí cayó Quetzalcóatl entre las codornices
 muerto cayó —se amorteció de presto— los huesos preciosos
 [esparcidos.

Y las codornices royeron los huesos (padres nuestros lo mismo)
 que no podían llorar los del hombre los de la mujer

hasta que resucitó Quetzalcóatl tornó al mar de la vida
[Quetzalcóatl
y liando los huesos fuese como la brisa a Tamoanchán —de ahí
[bajamos—
su nahual rezongando sin que se le secara aún el sudor del
[peligro.

Luego la preciosidad fue molida finamente y colocada
en un barreño no menos precioso
por Cihuacóatl culebra de espadarte y por Quilashti semilla de
[verdura.

Quetzalcóatl sobre los huesos sobre el polvo de ellos
se sangró su miembro esbelto
—como un magnífico animal no terminado—
e hicieron penitencia por la germinación
Apantecuhtli el Señor del Canal el Ribereño
Huictloinqui el Señor de la Pala que se Mueve el Agitador de la
[Azada
Tepanquisqui el que representa el que porta la Enseña
Tlallamánac el que sostiene la Tierra
y Tzontímoc el que desciende de cabeza
los dioses.

Hicieron penitencia hasta que el prodigio fue evidente
el prodigio tanto tiempo y con tantos anhelos rotos postergado
y se dijeron:
Han nacido oh dioses los hombres los merecidos por la
[penitencia
por ellos hemos sufrido los todopoderosos infinitamente
sea pues la alegría entre nosotros

ahora somos completos porque tenemos quien nos nombre
quien en nosotros crea y nos dé culto.

(Alegría alegría oh corazón rescatado de la noche
violenta pupila del mejor león hundida en vasos de luto
ya por siempre iniciada en la victoria de la luz
oh corazón de piedra manantial sobre el regazo del asombro
alegría alegría
la desnudez es la más bella fruta)

El tlamatini

Y ahora hablaré —salven los dioses
la rectitud y la frescura de mi lengua—
del lugar de los muertos
del sitio sin salida ni calle a donde todos van
pues es casa común
común región de perderse.

Los que mueren de muerte natural
los que la vida apagan porque la llama es vieja
o débil su condición fulgurante
van a Mictlán a someterse a duras pruebas
a purificarse y ser dignos del descanso.

Por ello junto a sus cadáveres se incinera un perrillo
para que los conduzca y acompañe
en los corredores tenebrosos.

Al cabo de las pruebas
los muertos del Mictlán desaparecen aun para los dioses
se esfuman en la nada dejan de ser para siempre
aún en esta tierra donde se acorralan
y se acobardan los vientos.

Los que mueren en negocios con el agua
los ahogados los hidrónicos y los gotosos

los fulminados por el rayo —fuego del aguacero—
 en los brazos de Tlaloc inauguran su muerte.
 Sus cuerpos no son hechos ceniza
 sepultura reciben en el húmedo suelo.

Estos van al Tlalocan ciudadela de grama
 poblado de ají verde reino de las mazorcas desnudas
 vientre del agua playa para las flores.
 Y de la mano de Tlaloc caminan para los siglos de los siglos
 su ruta de torrente sin fin (coro del agua
 donde nacen y viven los aromas).

Los que mueren en el combate guerrero
 los que de sangre y bruces caen en la batalla
 los que en poder del enemigo mueren
 los que en luminosos sacrificios sucumben
 dignos son de la gloria
 de la esplendente compañía de los dioses.

Ellos van al cielo al lugar donde vive el sol.

Ahí mantendrán para siempre
 fechas de fuego y oro para sus almas claras
 antorcha blanca flores ardientes
 aromas de la estrella voz de brasa.

También en este cielo quedan las muertas del primer parto
 las que con un prisionero en el vientre
 apagan para el mundo los ojos.

Para los niños
 para los que de niños penetran en la muerte

sin haber comenzado a adivinar su rostro
nuestros dioses señalan asimismo
un sitio y un destino.

Estos pequeños muertos
—su vida fue un tierno tallo de maíz tronchado—
van al Chichihuacuauhco el medio cielo
dominado por el árbol-nodriza.

Esto es lo que se ha de saber en la vida
para ordenar los pasos en una forma sabia.
Pues si a la muerte vamos hemos de saber los lugares
entre los que se ha de repartir nuestro destino.

Así he dicho en alta voz el secreto
el tlamatini es posible que yo sea
el que la melodía del secreto conoce.

Al maíz

Como bello residuo del primer cadáver
fulges
levantas los orgullos de la harina
dulcísima raíz diseminada en ti misma
oh vencedora
de un mar de espadas verdes.

En nuestra sangre estás tu duro polvo trasegado
de altar nos usa en su deber de vegetal con dioses
y en el brillo colérico de nuestros ojos sales
a combatir la oscuridad
a mordisquearla para que por lo menos no crezca
en este húmedo mundo donde hasta el fuego perece en el
[pantano.

(No teníamos nada que llevar a la boca
sangrábamos masticando pedrerías náufragos en el hambre
llorábamos como los más abandonados de los niños.

Inventamos la blasfemia para que nos oyeran los dioses
poblados de saciedad oh creadores de huérfanos les gritábamos
ingratos que a cambio de la música de nuestros pasos
no nos dáis el sustento

De la proyectada esbeltez de nuestros cuerpos
solo la gracia del vacío va quedando
mirad los huesos solos en la piel mirad cómo temblamos

¿O seremos de nuevo fácil botín de la muerte?
¿Como los primeros remedos de hombre ya destruidos
no hemos alcanzado el merecimiento?
¿También nuestro paso por la tierra ha sido un breve sueño
hemos llegado al duro despertar?
¿Tanto hemos fallado al júbilo inicial recién gritado
por vosotros en la germinación?
¿Qué mal hicimos para estar padeciendo tan cruelmente
después de bien nacidos?

Aprendizaje duro es el del hambre
ácido ministerio de marchitos oficios
por eso fue lo primero que nos dieron a probar los dioses
el hambre la enemiga inaugurada en el origen
la compañera desde entonces desde el primer entonces
adivinándonos a través del andrajo)

II

Son tus panecillos pequeños como dientes furiosos
focos de la luminosidad hecha polvo sin mancha
polvo nutricio para el músculo hambriento
empujado por el corazón al amor o la guerra.

Yo no creo en la leyenda de tu origen
si fueras solo sangre de tapir
si solo sangre de serpiente fueras
¿de dónde sacarías tu clima enamorado?

¿De dónde te vendrían los relámpagos
con los que participas en la chicha sagrada
con los que otorgas alas al prístino aguardiente?

Hay algo en ti de lava solidaria
algo de río al sol bajo las piedras
algo de hueso de las nubes algo
de la ceniza de la cal.
Padre del alimento hondo vientre del pan
causa determinante de los bríos
hijo de los clamores hambrientos de nuestros primeros padres
pervive el hambre el hambre
oh no nos abandones
jamás
nunca jamás.

Maíz padre maíz tu nombre pronunciamos
en la primera en la última hora oh no nos abandones
jamás nunca jamás.

Lo único que queda eres de nuestros dioses
oh no nos abandones
jamás
nunca jamás.

NOS PUEDES ENCONTRAR EN DIFERENTES LIBRERÍAS EN LA HABANA



Prado N° 553, e/ Teniente Rey
y Dragones, Habana Vieja.

f **LibreríaAbrilCuba**



LIBRERÍA CUBA VA

Calle 23 esq. a J,
Vedado.



**Centro
Cultural Literario
Habana**

PUNTO DE VENTA

San Rafael y Galeano.

III

En la lengua del sueño



PROFESIÓN DE SED
Artículos y ensayos literarios 1963-1973

Roque Dalton

Un libro inédito, una selección de textos conformada por el propio autor antes de su muerte, *Profesión de sed* reúne diversos ensayos y artículos literarios —entre ellos, uno que se publica ahora por primera vez— escritos entre 1963 y 1973. Reflexiona en torno a la relación entre vanguardia artística-vanguardia política y el compromiso ético del arte en el contexto latinoamericano.

385 páginas, 2013, ISBN 978-1-921438-99-8

Profesión de fe

(Conferencia)

«Después que a Dios, debemos nuestra victoria a los caballos» —escribe Bernal Díaz refiriéndose a la Conquista de la Nueva España—. «Pobres de nuestros dioses, tan torpes ellos como nosotros, que fueron derrotados por los nuevos dioses-caballos de voz de trueno y paso arrasador» —escriben los cronistas indígenas después de la derrota—. Ello es alentador, ahora que Dios está a punto de esfumarse para siempre, pues los creyentes inconformes podrán pasarse al culto del caballo basados en la poca distancia que la Historia dejó establecida entre ambos. Por mi parte declaro que no pienso creer en el caballo. (Oh, cómo me hace temblar de orgullo esta audacia de libre pensador!)

Primera lección

Claro que así es, cipote. Mi Dios creó al hombre según su imagen y a su semejanza. Pero lo creó en un sábado, tronando de borrachera omnipotente y cuando de su imagen tenía ya un criterio excesivo. De ahí que nosotros mostremos lágrimas, vísceras para el odio e itinerarios distintos para la sed y el amor. Lo cual anonada, cipote, anonada.

Comarcas

Me cambiaron la cara de nacer viejo viento
 en mi país que cuida su lugar de comer enanitos
 oh dignos murciélagos guardianes de la flor cegadora
 aguas innumerables (flacas-casas-de-ahogarse)
 del Río de las Calaveras
 el pedregal agudo buscando cada pie en oficios de huida
 cada ciudad caída para el Búho Reverenciado
 y no importa (no-hay-ojo-para-la-crueldad)
 si hay que mover montañas por eso Tepeolincan
 es toda la tierra como el hermoso
 humo del sacerdote (el que huye)
 murió en el templo de los deudores
 tocó con pies desnudos el cerro-mujer
 nos debemos aún más (somos menos-nosotros)
 al lugar de la Reverencia desde entonces
 olvidando el amor hemos de subir al cerro de las ruinas
 a buscar la respuesta del montón de manos.

Porque el río de la podredumbre cae
 lentamente en la mesa de los Príncipes.

Don Pedro de Alvarado

(1524)

La vida del mortal. Frase como una bofetada menor. Cota de malla llevo pero la flecha es fina. Hasta mi corazón bien podría llegar una serpiente. (Recuerdas aquel viejo aromático mordiendo el coral de agua que lo había mordido?). Oscuridad de la humedad. Aroma del verde profundo. Barro lavado y virgen. Un día los hombres llenarán estas rutas con el desconcierto, tal vez, de la costumbre. Pero hoy solo existe, digámoslo, el miedo. Y he aquí que sentimos el sol desde arriba de los árboles. El miedo. Mis hombres: apresurad el paso.

Terreno mortal

Ahí donde la araucaria se vuelve gris y viscosa y el eucalipto corrompe sus pulmones azules. Ahí donde el cedro cae entre la podredumbre con las duras venas abiertas. Ahí donde no se aventuran las raíces caminantes del bálsamo. Ahí donde solo te espera la culebra crucial, la hedionda barba-amarilla de ojo flechador entre el sonido a cuchillo de los pájaros negros. Ahí donde los férreos dedos del fango empiezan a tocarte con la sed del postergado y la del loco. Ahí deberás establecer tu condición succulenta, tu baile de ojos ante una Muerte que terminará por desesperarse y huir hacia las Tierras del Norte, buscando hombres más blancos y más débiles.

Paseo

(1957)

«Es cierto que en varias parroquias están infamados los indios del vicio de brujería y aun se dice que por él se han destruido algunas provincias, principalmente la de Guanazapán, pero yo concibo que se padece en esto sobrado engaño. Es verdad que no faltan algunos indios así, como se verá en la parroquia de Jutiapa, ni tampoco dudo que algunos tenga engañados el demonio con algunas transformaciones aparentes en animales, a lo que se les ve propensión; porque hay algunos tan idiotas, bárbaros, que tendrían por felicidad el ser brutos; pero con todo, o por que en esto son muy recatados o porque no tienen en la realidad tal vicio, no puedo persuadirme que deje de padecerse en dicho concepto mucho engaño...»

ILUSTRÍSIMO SR. DON PEDRO CORTEZ Y LARRAZ, 1786.

Hace cinco minutos
eran nuestras manos entrelazadas:
ahora en el caminito húmedo
dejamos huellas de cabro.

Tu pelambre emociona mi corazón,
tus cuernos hablan de nuestro poder,
dan paz a mi corazón.

Pino

El monje verde entre la bruma eleva su severidad, pero por las noches silba con la preocupación de un fantasma. A lo lejos se escucha el golpeteo monótono de los leñadores.

Homenaje a la salvia

Las hojas de salvia, que envolviendo ceniza caliente son lo más indicado contra el dolor de barriga, tienen muchas propiedades mágicas, abundantemente verificadas. Maceradas en alcohol despiden, al ser expuestas a la luna llena, un jugo negro que los brujos de Izalco usan para impregnar el tabaco. Al ser fumado este, sobreviene un sueño rejuvenecedor y adivinatorio. El polvo de las hojas de salvia secadas al sol, absorbido por la nariz, dota de gran crueldad y hace firme la mirada. Los asesinos de tigres, sobre todo los jóvenes, vale la pena decirlo aquí, suelen usarlo con frecuencia. Ese mismo polvo, usado en diferentes mezclas, restaura la virginidad, hace al hombre justo invisible para sus enemigos, permite comprender el idioma de las aves y en general de los animales que viven en los árboles, cura de espanto, advierte a los viajeros nocturnos contra las zonas pobladas por la flor del sueño, protege contra el quiebrapalito, la araña de caballo y el choronteco, y sana el asco.

Ellos

En el principio los Seis-Demonios-Azules-Atados-por-la-Cola unieron en el vértigo machacador de un mortero colosal doce cuentas de azabache, mierda, la hiel de un halcón amaestrado para cazar ardillas, cosméticos y perfumes discretos propios de una mujer costosa y depravada y, de la masa resultante, edificaron uno por uno a mis diez enemigos mortales.

La grama de las huellas

En mi país existe la grama de las huellas. Conforme el sol haya sido especialmente ardiente en los últimos días, esta grama presenta huellas del paso de animales diversos (venados, colibríes, serpientes, arañas de caballo, chiltotas, pumas, garrobos, quiebrapalitos, gatos cervantes, esperanzas, gavilanes y mariposas) o de distintos objetos móviles (tractores, contrabandistas, ferrocarriles, bares rodantes, clínicas transportables, patines, motocicletas, bibliotecas ambulantes, carretas, triciclos y distintos proyectiles de armas de fuego superior). Dicen los estudiosos que ello se debe a la mezcla clorofílica de esa grama, impresionable, según parece, a la distancia. Las formas son aprehendidas por grandes extensiones de grama, en sus contornos generales, por la coagulación en relieve y color de esa mezcla singular.

Pausa

Pero si la sombra del águila nos hiciera temblar un mínimo y si la llama de nuestra espada se moviera por tal razón, estaríamos escupiendo sobre la estirpe que es nuestro único patrimonio. Dejémosle al aire tal ingratitud, tal concesión del dato cómplice. Porque la muerte está echada. Y para continuar el trazo justo solo al águila corresponde temblar. Para nosotros, hermanos, la noble rigidez es sobrevivencia, y mi voz cumple su deber de invitarnos para estar listos en la hora de la ceniza fecunda. Hasta mañana, pues, hasta mañana.

Buen humor del dios

Ordeno la dicha
la presencia de la doncella en torno nuestro
la tela de la danza

Y de la muerte solo el cuidado viejo

Pasa que os he mentado mucho sobre vosotros mismos
y ha llegado el día de la revelación

Sabed:
contra lo que creéis
sois mudos y sordos y ciegos

Mas sea cumplida la dicha:
os ordeno callar
desentenderos del clamor
desertar de la luz

Ellas

Las mujeres desnudas son como las tardes de fin de año en mi país, cuando el frío se te va por los poros como los pequeños dedos de un dios jovial y las estrellas inmediatas susurran un himno dedicado a hondos e inmediatos acontecimientos. ¿Qué otro camino te queda, siendo así las cosas, sino sumergirse en ellas coronado de un silencio tímido y expectante, como quien avisa a la Madre Naturaleza que ya está de nuevo ahí, que ya ha regresado, besando con labios empequeñecidos la orilla de Su pie?

El joven príncipe

(1962)

Cuando te he dicho al oído «cosita», te he cubierto con toda la ternura de mi raza. Cosita. Después de eso, tu nombre —que es el más bello de los nombres— se me hace terrible.

El coyote

La dignidad del derelicto en sus ojos blanco-ajenjo. Huele a prisión y no le teme al fuego. Yo lo he visto bajar a los caminos secos de Chalatenango y morir al pretender atacar a un auto o a un batallón del ejército que marchaba desde el terreno de prácticas. No hay en él más cobardía, pues, que la existente en cierto tipo de hombres temerarios y torvos que se le parecen por su obstinado amor a la soledad. Se alimenta de peces del río y apacigua su tendencia mortal en las aves. El coyote fue animal sagrado de una tribu lenca anatematizada por no pagar los tributos al señor de Cuzcatlán. Por eso se le odia y se le persigue y, lo que es peor, se le achacan los aullidos nocturnos del cadejo.

El perro

¡Oh animal eficaz! Por el perro que tuve a los once años aprendí a ser el craso sentimental, derrochador del perdón y la ternura en que he venido a parar. Caele me valga, cuánto ha mojado la debilidad! Los perros, por otra parte —y van a perdonar estos disimulos oscuros— son numerosos en las ciudades sitiadas o arrasadas por la peste. (Es en este momento cuando algunos tratadistas han señalado la calidad de «advertibilidad voluntaria», adjudicándosela al perro a la par que le cuelan una acusación implícita de mala fe). Pero lo verdaderamente importante en el perro es la sorpresa que nos guarda y que será revelada después de la próxima guerra, en el caso de que todavía sobren esos escudos de plumas como nubes de hierro, esos cuchillos de algún vidrio único. Y será en la tarde de un viernes amarillo, de los nuevos. De todas maneras —¿no es acaso una perturbación?— tenemos al perro en casa. Mañana es viernes.

Las moscas

He mirado a esa mosca con los ojos terribles. Restos de los dientes podridos del dios Katil (el desconsolado) que aún agitan las vibraciones de su antiguo dolor, las moscas significan la locura para los jóvenes de nuestra raza. Por eso, hermanos, no bordeéis el abismo en presencia de una mosca ni consumáis la hierba-que-calcina-el-temblor-del-alma si no es en una habitación hermética de la cual haya sido expulsado hasta el último bicho. Estos son sanos consejos contra el desapercibimiento tan común entre nosotros. Y lo que digo de las moscas —sean todas ellas conscientes de nuestra imprecadera maldición (por otra parte no lo suficientemente activa)— es aplicable también al deseo de embriaguez y a esos huesecillos lilas que acostumbráis llevar en los bolsillos.

Jaculatoria para poder volar

(1929)

Válgame la garza azul que vimos en el Lempa
válgame el guacamayo las monjitas
válganme los garzones ajoquines
válganme los cernícalos los reyes de los zopes

(Pasos de pluma por los pisos del aire
sean conmigo
tabla de salvación
firme mano de plumas)

Y válgame el humor del guacamayo
cuando al tocarlo se quema el gavián

El venado

Tiene los ojos más bellos de la tierra, tal los ojos de lisa. Es animal perfecto de geometría sedosa y esquiva. Aunque alguien sostenga lo contrario, se alimenta tan solo de agua y mariposas y estando a solas es capaz de volar. Sus orejas fueron hechas de la cabeza de una serpiente vaciada con finura y revestida con pétalos de orquídea. Sus cuernos de coral y musgo. Sus cascos de noche mínima y de ferocidad. En su primera edad es como un dios bobo y entenece. En la magia de su juventud es sibilino y hace desear carnalmente. En la vejez es sabio y hace bajar los ojos. El venado huele a mujer y cuando se angustia despide un sudor melifluo que, de poderse recoger aún tibio, sirve para curar la rabia de los animales salvajes.

Asesinar un tigre

Asesinar un tigre no es en verdad un problema difícil, siempre y cuando tenga uno el ojo tenaz y la tiniebla del remordimiento dispuesta para el asalto. El ojo tenaz para los efectos de asegurar el crimen simplemente, ya que, como es sabido, el tigre se defiende sobre todo con el lanzazo intimidatorio de la pupila. Si con tal embestida primigenia logra herir, descubrir en el adversario la brecha de la debilidad (miedo o amor) se produce el zarpazo casi siempre mortal con su diseminado cuerpo de cometa. Y la tiniebla del remordimiento para allanar el requisito de la solidaridad con el colega muerto sin la que el asesino dejaría de ser tal, pues no pertenecería al reino de los iluminados por la zozobra. Así dispuesto, cualquier hombre entre los siete y los treinta años estará listo para asesinar a un tigre, lo cual, en el caso de que sea su primera muerte violenta, honrará sobremanera a su autor y le eximirá de cualquier otro rito sangriento (aunque no del pago de las cuotas anuales) para ingresar en la Orden.

Tres familias

Hay un cantón nonualco en el departamento de La Paz donde viven tres familias sagradas, descendientes de Topiltzín Axitl, el Fundador. Las tres familias suman en total quince personas y entre ellas solo hay padres e hijos. Según la tradición, esa es la garantía exigida por los dioses para que permanezca el carácter sagrado. De tal manera que cuando un hijo procrea, sus padres son sacrificados en el mismo instante en que nace el nuevo hijo. Las tres familias se las han ingeniado para que sus apellidos españoles tengan las mismas letras que las palabras náhuatl que significan inútil-ojo-de-perla, héroe-vicioso y música-de las-raíces-del-sol. Los actuales hijos varones han hecho vida de ciudad y sus edades fluctúan entre los 2 y los 37 años. Hay entre ellos un abogado muy conocido en San Salvador por sus éxitos en la criminalística y un poeta-pintor amanerado. Ambos niegan todo nexo con las cuestiones de la raza y aparentan inclusive ignorar la lengua-meritoria-única-y-brillante. Todo esto lo sé por la traición de un indígena incorrectamente iniciado que me dio un pergamino eficaz a cambio de un poco de alcohol y a quien, no faltaba más, reduje de inmediato al silencio.

Tata

Cuando la María Lúe le dijo a su marido que había parido una serpiente, que todos los nueve meses en espera del crío habían terminado en ese retorcimiento viscoso y veloz de color verde que a duras penas podía mantenerse entre los mimbres de la cuna, aquel, el Secundino Lúe, salió al patio de la casa, le dio filo al machete y regresó a la habitación con el rostro congestionado. Después le dijo a la María: ¿Ve lo que pasa por putear con el diablo? Y le dio un primer machetazo, hondo, en la frente. Enseguida abrió la cuna. Pescó hábilmente por lo que debe ser el cuello a la serpiente y se fue con ella al monte. En un huatal hermoso, con olor a humedad y calor de ayer, la dejó ir. Dios te bendiga, pues —musitó. Al regresar al pueblo, el Secundino traía los ojos colorados, colorados.

La poza bruja

La poza bruja queda cerca de Tenancingo, en un recodo del río Quezalapa. El que se ahoga en ella pierde toda dureza. Los dientes del cadáver se unen en una sola masa pastosa y la nariz sin soportes parece como que se ha derretido. Los dolientes que rescatan esos cuerpos —perdida la resistencia de los huesos por el fenómeno— los enrollan como un petate y en un petate nuevo los envuelven para enterrarlos. Todo ello prueba la especial actividad de la muerte. Pues mientras uno permanece vivo puede nadar deliciosamente en la poza bruja sin más perturbaciones que ciertas arrugas en los dedos (especiales, eso sí, por aparecer, contrariamente a las que producen las demás aguas, atravesando horizontalmente las yemas.) Mi Tío Andrés aseguraba que los peces de la poza bruja son ciegos y que mueren al ser arrastrados por la corriente fuera de la gran concavidad. El último ahogado en ella se llamaba Zavaleta y su cuerpo fue enrollado al revés (quedando los pies en la última vuelta) con motivo de que, habiendo sido imposible cerrarle los ojos, se hacía muy desagradable para los espectadores aquella mirada plana.

Cura ritual

Estando acostado en la mesa y si ya se ha calmado por completo, hacer que absorba emanaciones de ácido negro. Es conveniente, aunque no indispensable, ponerle también un poco de alumbre calcinado en las alas. Luego, trabajar en él con alcoholaturas de beleño, acónito y bulbos de colchigo, sucesivamente. Si la pupila lo indica, hacer la primera punción. Rociar el suelo de la habitación y la mesa con esencia de rosas y lavándula, usando para ello una rama seca de laurel. Hacer la otra punción, soldando la primera herida con irú frío. A estas alturas tendrán que haber desaparecido las garras y las pezuñas. Lavar la sangre de las manos con miel, cognac y jabón vegetal. Recuérdese que si al despertar ve esa sangre decidida, perderá para siempre la memoria. Opio bruto en una oblea. Diluir resina de mirra y aplicársela en el sexo y la nariz, que deberán estar completamente secos para entonces. Sobre todo, procurar que las escamas violetas del sexo reciban abundante mirra. Inmediatamente se le hará ingerir la preparación grasosa de anémona pulsatilla y coca de levante, que deberá vomitar exactamente un minuto después, mediante estímulos mecánicos. No se le permitirá a partir de entonces acostarse o recaer en el sueño. El que conduzca la cura deberá darle bofetadas cada diez o quince minutos y hacerle la pregunta conveniente hasta que conteste con la palabra-anhelo. Entonces podrá dormir, aunque será preferible que se le eviten los sueños demasiado iluminatorios. Al día siguiente podrá volar o sumergirse un poco. Lo demás vendrá de por sí. Es fácil.

Los sordomudos

El silencio no es un alud de tiempo. El silencio no es un cuchillo cruel. Por el silencio, a cambio del silencio, el mundo se engalana para nosotros con su traje secreto. El florecimiento del amate; las viejas, bellas patas de la culebra; la cabellera de la luna; el clavel negro; solo para nosotros. Hubo un tiempo en que peregrinábamos hacia las Cataratas Perdidas, llamados en el año por el Maestro del Gran Cuerno Ululante, que era a la vez el huevo de todas las mariposas. Las alas rojas nos guiaban con su tacto musical en el mismo corazón del oído. Sí. Hubo un tiempo en que fuimos los propiciadores de la grita, los perfumadores del aullido, los dueños del canto. Los días del vocerío eran una recién usada piedra de veneración bajo el sol, una fogata de llamas locas. Y fue precisamente el tiempo del guía más amado, del gobernante que tenía como emblema el estandarte-antorcha, el origen de nuestra desgracia. Es que abusamos de nuestro amor: enseñamos a las tribus vecinas los requisitos de la sabiduría y los atajos en la ruta del cielo. Nuestros dioses se vieron así loados por extraños. Y soltaron bufando los pétalos de la furia, que nos hallaron un día la lengua desnuda y el oído indefenso.

El cadejo negro

Ibas caminando feliz, oh muchacho-ya-digno-de-ser-padre. Habías vendido treinta docenas de ostras a los ricos extranjeros que bebían cerveza industrial en la playa del Obispo. Las luces del puerto comenzaban a hurgar en la noche con la timidez de los dedos meñiques en un hombre reseado por el paludismo. El tenguereche ha caído de un árbol frente a ti con el sonido de un sapo flaco y ha corrido luego, con la cola parada, a un matorral cercano. Debiste por ello volver sobre tus pasos para persignarte con agua de mar rezando la Magnífica, cara al cielo, cara a la tierra. Pero siempre las señales de Dios salen sobrando. Cuando no es así, nace un santo. Has seguido internándote en la noche sin más luz que la que tú solo sientes salir del bolsillo lleno de monedas. Mañana dirán que no se oyó ni un grito y nadie habrá visto correr al perro negro en dirección contraria, echando humillo blanco por los ojos rojísimos y dejando que el viento, repentinamente alborotado, sacara un silbido cruel de sus colmillos agujereados, como los de las chinchintoras.

La carreta chillona

(1848)

Chilla que chilla la carreta
chilla que chilla con sus doce muertos
sus bueyes de oro
muertos
chilla que chilla la carreta
aullido de palo
palo
muerto
chilla que chilla la carreta
su mechero de azufre
azufre
muerto

El justo juez de la noche

Seco como un árbol aniquilado por el bejuco mata-palo, su rostro brilla levemente con la ceniza pálida de los siglos y sus ojos rojos tienen un fondo lejano donde nos espera la locura o la muerte. Nadie más justo que él, sin embargo. De ahí su nombre. Solamente los fatuos, los necios y los obstinados deben temer su daño sin motivos especialmente graves. Cuando causa la muerte, siempre deja en el lugar tocado por sus pies de niebla, una flor hermosísima. Como si pagara una deuda a nuestro mundo por el cadáver con que lo acrecenta. Inofensivo, como los demás seres de la noche, para los niños y sus acompañantes, se entiende que es la sombra de un príncipe pipil enemigo y denunciador de las reglas impuestas por los Dioses Secretos, tendientes a conservar los conocimientos acumulados por nuestro pueblo lejos de la avidez de las naciones vecinas. Cuando ascendió al lugar de donde todos bajamos, el Gran-Lengua-Divino le dijo: «Porque odias el sabio afán del secreto, porque desdeñas el orden revelado, comenzarás a ser un guardián y un juzgador. Toma la media vida y defiende las raíces de tu odio. Mata a los enemigos de aquello que originaba tu enemistad». Y desde entonces los caminos nocturnos de El Salvador tienen ese testigo tan severo.

El Duende

Fue el ángel más querido de Dios. Ahora vive en las riberas de los ríos de El Salvador comiendo unos minúsculos insectos dorados y atisbando a las muchachas de los pueblos cercanos que vienen a sumergirse en el agua fresca. Cuando una de ellas atrae especialmente sus miradas furtivas por la belleza prometedora y llena de estaciones floridas de su cuerpo, el Duende hace caer sobre su pelo, por algún medio sutil que no alcanzo a describir, una guirnalda de florecillas blancas y rosadas. Así la consagra como su nuevo amor. Enseguida el Duende comienza a perseguir a su elegida y en pocos días la persecución se convierte en un hostigamiento feroz. El Duende hace caer piedras sobre la casa de su amada, ocasiona destrozos en el jardín, hace romper las ventanas o inicia incendios locales en la vecindad. Si la muchacha tiene novio, este debe cuidar especialmente de no manifestarse porque el Duende en la iracundia de los celos lo tomaría por el cabello y lo conduciría hasta un barranco cercano y hondo, dejándolo colgado en una de las ramas de la orilla. Puede también matarlo haciéndolo reír hasta el colapso total con hábiles tocamientos en el cuerpo. En este último sentido el Duende es casi todopoderoso, pues solo el perro, que no sufre de cosquillas, podría escapar a sus designios de muerte así planteados. De las molestias innumerables, el Duende pasa a una actividad más serena pero más peligrosa. Todas las noches canta con voz maravillosa bajo la ventana que guarda su amor. Podría darse el caso de que la tentación comenzase a recorrer la piel de la muchacha. La única forma de terminar con el asedio consiste en que la elegida

del Duende le hable durante una serenata, y le pida, en demostración de amor, que cante para ella una canción de las que elevaba hasta el trono de Dios cuando estaba en el paraíso. El Duende es presa, inmediatamente, de una hondísima melancolía. Con la inquietud de quien lo perdió todo, entrega la canción celestial —que, sorprendentemente no siempre es más bella que las escuchadas en los caminos del campo— y se marcha llorando en silencio para no volver más.

Oolge me persigue

Yo te di engaño Oolge Oolge
cruz del sur saurio del ojo pardo
arena de la desconsolación
daño inicial de la imaginería
por mí salvado cruel
anacoreta de la niebla
músico en las costillas del cieno
grosor de luz opaca
Oolge Oolge redivivo
para mí solo
muerto aún no nacido
muerto
de la vorágine nocturna
loco barato entre las garzas
de aquel pantano de mi patria
pie bebiendo en la arena
jefe del humo huido
desde detrás de la montaña
olor llagado por la luna
Oolge Oolge
cielo caído y gris
temblando detrás de tus colmillos
nacido del horror y del asombro
contagiado por mi ternura
rastros de nuestros orígenes vacíos

vives en la barriga de un coral
convertido en aliento del infierno
cuál fue tu primera noche
manantial de ceniza
padre de las leyendas olvidadas
Oolge contra el día
ignorante del sol
abanderado del lamento sin voz
amapola viscosa
mientras no llega la mañana
llama de sombra
asaeteada por los vidrios del frío
Oolge Oolge otra vez alzo
tus cánticos prohibidos
perdóname Señor
por no olvidarte
la raza del dolor la estirpe
de la soledad me salven de tu ira
ya que mi amor te ofende
Oolge Oolge de mi muerte

La Siguanaba

La que tenía los ojos como el agua profunda
 que se viste de negro con las piedras del fondo de la poza
 la que tenía la piel apetecible
 como la pulpa del níspero que mece al aire su miel entre los
 [pájaros

la que tenía en la saliva el fuego de los peces
 límpido pedernal del beso casto
 para los climas del único lecho permitido
 Sihuélut
 choza y palacio hizo su cuerpo
 de espíritus indignos
 oidor y conversador hizo su corazón
 de negras lenguas invisibles
 exagerado y ávido hizo su anhelo
 de placeres vecinos del asco.

Abandonó su marido y su hijo
 –Cipitín este, el del ombligo como una piedrecita de caca—
 y dedicose a vivir al pie de la lascivia
 al lado de las palabras que causan dolor.
 Iracundo su ánimo
 lejos sus previsiones del orden de los dioses
 hechizó a ese hombre que la quiso entre todos
 que hizo posible un día el florecimiento de su vientre
 poniéndole abejas furiosas en el cerebro

que dejaron la tenue tela de su razón
agujereada como una red de mar.

Tlaloc ha puesto en ella sus ojos iracundos.

Los dioses secretos

Somos los dioses secretos. Borrachos de agua de maíz quemado y ojos polvorientos, somos sin embargo los dioses secretos. Nadie puede tocarnos dos veces con la misma mano. Nadie podría descubrir nuestra huella en dos renacimientos o en dos muertes próximas. Nadie podría decir cuál es el humo de copal que ha sido nuestro. Por eso somos los dioses secretos. El tiempo tiene pelos de azafrán, cara de anís, ritmo de semilla colmada. Y solo para reírnos lo habitamos. Por eso somos los dioses secretos. Todopoderosos en la morada de los todopoderosos, dueños de la travesura mortal y de un pedazo de la noche. ¿Quién nos midió que no enmudeciera para siempre? ¿Quién pronunció en pregunta por nosotros sin extraviar la luz de la pupila? Nosotros señalamos el lugar de las tumbas, proponemos el crimen, mantenemos el horizonte en su lugar, desechando sus ímpetus mensuales. Somos los dioses secretos, los de la holganza furiosa. Y solo los círculos de cal nos detienen. Y la burla.

Yeysún

El príncipe Yveysún —es harto sabido— tenía tres cabezas. La izquierda, ligeramente menos bella que la derecha y la central, pero quizás, si cabe, más altiva y escrutadora, era la que pensaba en el gobierno de la ciudad (cuestión de corazón en los príncipes buenos). Lucía cabello negro como sus hermanas y el mismo perfil violento que hacía parecer al aire que le rodeaba como si siempre estuviera en inminencia de arremolinarse. La central tenía un lunarcillo verde cerca del ojo derecho, casi imperceptible, excepto por las noches: era la cabeza que jaraneaba y se comunicaba en el amor, la que besaba y decía palabras irrepetibles, aunque recién inventadas, mientras sus hermanas cerraban los ojos y temblaban levemente con convulsiones de pájaro. Con la derecha era que Yveysún mirábase en el agua, la de la reflexión personal y el canto a solas. Tres veces bello era el Príncipe, padre nuestro también. Montaba las venadas volátiles y llegábase hasta el Gran Lago para pescar: era alegría verlo extraer mojarras y grandes cangrejos rojos, anguilas y camarones que se aglomeraban en las pequeñas pozas inmediatas tan solo para él. Fue en una playa oculta del Gran Lago —cerca de donde el río de las Flores lo penetra— que vio por primera vez a Sihuélut, bañándose desnuda. Él, que fertilizaba la tierra con su paso; él, pastor de los jugos que hacen crecer la hierba y el maíz, perdió entonces la paz.

El nahual

Triste estoy mis ojos
se extravían sin lágrimas ya
agazapados huyéndole al sol
bajo el amate oscuro

Cuando de niño me llevó al monte el hechicero
para escoger un nahual que protegiera mi paso por el mundo
ningún animal quiso llegar para adoptarme
ni la chiltota fruta que vuela
ni la danta silenciosa sombra de los ríos
ni el pezote
ni la urraca
ni el jabalí

Y ahora he crecido mi corazón
palpita bajo la piel fuertemente
hora siento que es ya de tener hijos —cogollos de la carne—
mi miel apetece con fiebre temblorosa los cauces de la mujer

Por ello he venido aquí a esta soledad
y he agotado mis músculos saltando
furiosamente corriendo como un loco
invocando entre resoplidos el sueño

No querría por nahual el cantil o al lagarto
a la lenta tortuga sagrada o clase alguna de culebra

Bello soy y nobles conservo para los dioses
el rostro y el corazón

El cipitín

(Elogio)

El niño antiguo, tayte de los conejos, protector de sus largos días de celo, canta en la aurora, entre legiones de pájaros y lluvia de insectos buenos. Ha husmeado en todas las hornillas de la ciudad cercana y se ha dado un atracón de ceniza. Ha salvado de caer en el foso al viejo labrador ebrio que regresaba a casa sobre las últimas sombras de la noche. El niño poderoso, el más jovial de los abandonados, recibe ya sin embargo pocas ofrendas de júbilo. Más bien un fácil olvido de hombres y mujeres le rodea y una nueva incredulidad de niños le comienza a rechazar. Oh hijo de Sihuélut, haced propicio el prado, con rocío de renacimientos, para nosotros los que te invocamos en cada ocasión de contento. Guárdanos tu miel extraña, la protegida por las hormigas locas, para el día que nuestra vejez pueda canjeártela por la justicia de una larga vida.

Un dato

Una vez al mes el horizonte, cansado de su fijeza ante la lejanía de los ojos del hombre, trata de convertirse en una tormenta y echársenos encima implacablemente. Si no fuera por aquellos cuyo nombre no debo pronunciar, la muerte fuera todo para nosotros desde hace tiempo. Un mes de la flor, hace muchísimos meses de la flor, una de nuestras ciudades recibió el peso del horizonte desatado. Pero, según parece, fue una venganza excepcional de aquellos. Era una ciudad de escépticos y carcajeantes. Se llamaba Casas-de-los-muchos-collares.

Terremoto

(1854)

Borrón del tiempo en aullido de la tierra
loca la tierra como cien mil caballos
desbocados en un playón de piedra pómez

Piedra bajo la piedra sumergida
el estertor el estertor del mundo
coronando las flores del azufre

De la garganta cuelga el último resuello
de la garganta seca la dulzura del polvo

En dónde está mi hijo en dónde está
en dónde el templo para preguntar al cielo
clima gris en el aire temeroso
la caída del mundo en torno a tu terror

Bufa la tierra como un buey vencido
a fuego puro ladra como el último perro
por el mar sordo y lento de los gritos

La caída del mundo tu caída
en los difusos páramos del humo

Mundo y tierra lo que se alza y cae
con amargo temblor con apagado
temblor de montaña friolenta
desesperándose entre las mantas de los siglos
a la orilla del ruido espectadora

Todo retumba el miedo el corazón
el débil pulso que ubicó su tormenta

Santo Dios Santo Fuerte Santo Dios
el estertor el estertor del mundo
desplomado sudor al fondo de la llama

Un himno pide el sobresalto
en dónde está mi hijo en dónde está
por los difusos páramos del humo

Mártir sin egoísmo ni amargura
por las últimas piedras aplastada

En la garganta seca la dulzura del polvo
amarilla la sangre la detiene

La caída del mundo en torno a tu terror
la caída del mundo, tu caída
por el mar sordo de los gritos

En la lengua del sueño

Yo hablé contigo en la lengua del sueño
oh lengua azul oh llama prisionera
en la saliva del difunto incansable.

Mi corazón sentado en la leyenda
sin saber si morirse o elevar su alborozo
como el gallo ante el diario cuchillo del sol
duro animal de huesos largos me confieso
nunca más aterrado que al nacer
tú salvación de mis pasos perdidos
tú patria del rito sin más muertos que el odio
colmillos de aquel rito entre las hojas
guardadas de la sequía del veneno
y de los ríos que nunca tocó el sol
fiel animalería rescatando
tu cuerpo del aroma y la humedad

La sed asfixia tanto como el agua
mi Río de los Pumas como el huracán
como la escarcha los anzuelos
del fuego lento el infiernillo
de tu historia molida
amor amor terrestre
en la lengua del sueño hablé contigo

REVISTA CONTEXTO LATINOAMERICANO



Publicación de la Editorial Ocean Sur que pretende analizar los procesos políticos y la coyuntura actual en América Latina y el Caribe desde un posicionamiento crítico y revolucionario, rescatar la memoria histórica del continente, traer la filosofía y el marxismo, actualizados, a nuestras luchas por la emancipación y promover el debate.

Cortadas ramas retoñables

Los poemas que se incluyen a partir de esta sección aparecieron en la edición príncipe de *Los testimonios* y Roque Dalton los excluyó cuando preparaba su poesía completa.

Rezo venial

Rómpete, grave espejo,
quiebra tu mar delgado,
tu honda extensión de luz.

Cúrame la figura, Grande,
dale a mis ciegos
salvación.

En el nombre del humo, Padre actual,
de sus jugos que el viento
disemina.

Perdón al caballo salvaje domado por mi padre

Ego te absolvo Vendaval
en un huevo perdido en una mínima
semilla venido a menos
loco apagado
al que ya pueden llamar la noble bestia
hallarle huesos cuero
crin explicable ojos
de tibia furia útil

Ego te absolvo con las lágrimas
de mi memoria rabiosa
capitán de la chispa como eras en los pedregales
sangre y tan solo sangre
flor de espuma tascando el freno crítico

Vendaval apagado a salivazo ajeno
ego te absolvo diablos!

Costa

(Sonsonate de 1959)

Rumbo del extranjero taciturno
rumbo del cieno rumbo desde la llave
verde de los bejucos estranguladores

Rumbo de la locura amarillenta
en la mojada juventud de la sombra

Crisol de hielos que perdieron su frío
ámbito de la magia mortal vasija del rugido
espejo inmóvil donde el rostro del mar se convulsiona

Izalco

El volcán apagado gran herida
de sombra presa entre las hondas piedras
gran borbollón de noches
al pie del preso por el sol
presa derrota de la Madre Tierra
que les deja su cólera a los hombres

Piedra de sacrificio

Como un seco tambor la raíz del sonido
tirante el pecho guarda el corazón.

Desnudo mediodía final
dándonos entero como le corresponde
llamas hasta en la hamaca
de piedra en que yacemos acumula.

He visto los cuchillos de jade.

Celex Calel no te equivoques extranjero
no nos hieras si dudas
una pizca Calel

(Es torpe todo esto. Esfuerzo inútil
Llegó el día eso es
todo).

Vida interior

Si mis constancias conservaran para todos vosotros esa asibilidad peculiar que muestran conmigo, estaríais, muchísimo más pronto, listos para morir. No tendríais, por ejemplo, que esperar por el amor, pues conoceríais anticipadamente su rostro amargo. Sabríais de todo lo perturbador que existe en ese anciano matutino cuyos ojos advertisteis llenos del brillo que tanto os ha hecho alborotar. Comprenderíais el pétalo. Y no encontraríais dificultad en desenrañar la clave de la melancolía en los crepúsculos crucificados por la levedad de septiembre. Mas, ¿qué pudo nunca el simple usuario de la tormenta, el débil guardián del fuego?

Como cántico

(Ritornello)

La verde aguja oculta, la culebrina, un grito. No temo a nada porque estás conmigo. Quédate para siempre, Chanseñora, presidiendo mi esfuerzo. Ya no más niño. Ya no más indefenso. Ya no más pobrecito. Achuy achuy no más. Y abro el año. Para diez años, como gente grande. Homenaje de barba: abro mi vientre. Dejaré ver mi furia ensombrecida con el fogón de la semilla oculto. Vivo el fogón oculto, el que me ahoga. Alegría en el fondo, alegría en mis venas. Tristeza de la piel nunca más inundada. Deja, deja.



ocean sur

una nueva editorial latinoamericana
www.oceansur.com • info@oceansur.com

Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antiimperialista, ha desarrollado durante siete años múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman parte de colecciones como el Proyecto Editorial Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Contexto Latinoamericano, Biblioteca Marxista, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Roque Dalton, Voces del Sur, La otra historia de América Latina y Pensamiento Socialista, que promueven el debate de ideas como paradigma emancipador de la humanidad.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

LOS TESTIMONIOS

En *Los testimonios*, si bien predominan los poemas en versos, Roque Dalton acude en no pocas ocasiones a la prosa, que constituye el rasgo más distintivo del poemario. La tensión entre estas dos formas de expresión, lograda de manera inigualable, da fe de la evolución poética alcanzada por el escritor salvadoreño.

El presente volumen, escrito entre México y La Habana y publicado en 1964, muestra a un Roque Dalton que asume su papel de vocero de la historia nacional y regional. Con estudiada estructura y cuidadoso orden propone temas como el indigenismo, el amor y las angustias existenciales, al tiempo que asoman, como siempre, las inquietudes políticas que atraviesan su obra.

Roque Dalton (El Salvador, 1935-1975) es, sin duda, uno de los intelectuales y revolucionarios más interesantes y audaces del siglo XX en América Latina. Aunque ha sido más conocido por su poesía, sus títulos abarcan todos los géneros literarios, e incluyen: *Taberna y otros lugares* (poesía, 1969); *¿Revolución en la revolución? y la crítica de derecha* (ensayo, 1970); *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador* (relato testimonial, 1972); *Pobrecito poeta que era yo* (novela, 1976), entre otros.

US\$12.95



www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au